

expresadas por Rousseau y los filósofos de su tiempo en un momento de suma oportunidad histórica.

Ahora bien, la obra de Rousseau destacó sobre todas. Su impacto fué tan recio que hizo virar en redondo el curso de la humanidad. ¿Por qué esta influencia tan visible?

Juan Jacobo Rousseau, aparte su potente e innegable genialidad, era un romántico, y el romanticismo es siempre eminentemente popular. Ante el frío racionalismo de la época, Rousseau, sin oponerse a las conquistas de la razón, intercaló la cálida nota sentimental. «Los derechos del sentimiento» tuvieron amplia resonancia en la obra del escritor ginebrino. Pero hay más: Si le comparamos, por ejemplo, con Voltaire, veremos que éste, alagado por el aplauso de las clases elevadas, hacía transcurrir su vida en salones aristocráticos o en tertulias de minorías. Rousseau, en cambio, más consecuente con sus teorías, vivió siempre entre el pueblo, y vivió por propia volun-

tad, pues ante sus triunfos literarios se le abrieron todas las puertas. Las diferencias temperamentales entre Voltaire y Rousseau son abismales. Lo que más caracteriza al primero es la frivolidad y la falta de seriedad. Rousseau, por el contrario, aun en medio de sus mayores errores y desaciertos, aun en medio de las tortuosidades de su vida, tuvo siempre un gesto de gravedad y sinceridad. Por eso el pueblo francés se inclinó por él

En la obra de Rousseau hay dos vertientes, no ya distintas, sino opuestas: Una corresponde al «Discurso de la desigualdad entre los hombres» y a «El Emilio»; otra a «El Contrato Social». Y es curioso que siendo «El Contrato Social» su obra fundamental, muy superior en rigor filosófico (dentro de sus errores) a «El Emilio» y al «Discurso», sean, sin embargo, éstas y no aquél las que más han contribuido a delinear la fisonomía filosófica del autor.

En mi modesta opinión, «El Discu-

so» y «El Emilio», además de su endeblez filosófica, son piezas de escaso valor literario. Pese a ello, el público, cuando intenta juzgar a Rousseau, lo hace siempre bajo el prisma de exaltación naturalista de estas obras. Y es el caso, que Rousseau, en «El Contrato Social», se separa tanto de esa exaltación naturalista que llega incluso a manifestar una marcada preferencia por el estado civil y social.

Cuando se lee a Rousseau con esa serenidad que nos dá la lejanía de los siglos, se aprecia, en su justo volumen, su fallo más importante: este es la exageración. Rousseau fué en todo — en sus teorías y en su vida — exagerado y, en muchos aspectos, irreal. Exageración e irrealidad que pueden muy bien atribuirse a su inclinación neurótica. Esta neurosis se agudizó en sus últimos años hasta degenerar, en las proximidades de su muerte, en una manía persecutoria.

Jesús SANTOS



LOS UNICOS CULPABLES

POR JULIÁN GUSTEMS

El mismo Teatro es culpable de la crisis que lo va destruyendo. Está turbia su conciencia y, por esto, al hablar de su crisis, esconde un poco la voz para que no suene a falso.

Ultimamente se ha escrito tanto sobre la crisis del Teatro, que he pensado que esta crisis la viene sufriendo desde el principio de los tiempos y que si se hunde ahora, es sólo consecuencia de navegar con la quilla agusanada, sin haberse preocupado de encontrar la solución que para cada época requería.

El Teatro, a pesar de todo, nunca morirá del todo. Hay algo en nosotros que lo mantiene vivo, ese algo que imita la propia vida, que es arte, un arte que hace soñar y hablar, aunque nunca se sueñe del todo y nunca se hable como creemos. El hombre gusta de la imitación; gusta de vivir varias vidas, y el Teatro le

ofrece un campo siempre inédito de emociones. Y no hablo pensando en la vida que encarnan los actores, distinta cada una según el papel que les corresponda. El mismo espectador se compenetra de lo que ocurre en la escena, que por estar tan próxima de nosotros parece una continuación de nosotros mismos, cosa que no ocurre con el cine que, aunque queramos, estamos separados de la vida que expone por muchos puntos indiferentes. El cine ha servido, si acaso, como sirvió el diestro Arruza en su tiempo: para hacer revivir del marasmo en que se encontraba el toreo a la gloriosa época que le siguió. El Teatro, asimismo, culpa al cine de su actual preocupación, pero sólo él tiene la culpa.

Para llegar a decirlo he reflexionado seriamente el por qué de las razones que como espectador me alejan un poco cada día del Teatro. Soy un amante del Teatro